



SEXTA ÉPOCA.

26 de Marzo de 1796, en una casa de retiro eclesiástico, en Grenoble, durante el delirio de la fiebre.

He salido para siempre de ese Eden de mi vida, en el que otra Eva fué presentada y arrebatada á mi corazon, como el primer hombre salió de su Eden. Pero, ¡cuánto peor es mi destierro! Sus pasos iban seguidos de otros pasos al alejarse de las cerradas puertas del Paraíso; ahogaba sus sollozos en otros labios amados, y la áspera conformidad de dos corazones

destrozados convertía dos desdichas en una felicidad. Pero yo, sólo toda la vida, sólo en mi hora postrera, aborrecido del único corazón á quien mato y á quien amo, obligado á sofocar mis lamentos sin eco, y á ahogar mi corazón en sus propios sollozos, forzado á arrancar al alma su idea fija como se arranca un arma de las manos de un insensato; habiendo diseminado á mis piés toda mi dicha, sin poder siquiera dirigir sobre ella una mirada que me está prohibida, con el corazón vacío y manando sangre hasta que muera, y no atreviéndome siquiera á nombrar á Dios lo que causa mi llanto, tengo que vivir y marchar sin sombra, siempre solo, muerto entre los vivos y llevando este hábito por sudario; ¡muerto! más bien precipitado rebosando vida entre esos muertos cuya alma está ya helada! ¡Ahogándome sin poder morir, y nutriendo con mi sangre más caliente el gusano de mi tumba!

.....
 ¡Oh! ¿Qué hice yo, justicia eterna, para merecer tan joven un suplicio como este? ¿Habría yo encontrado este amor, como lazo preparado para mi corazón, á no ser por tí, por tus designios? ¿No había huido, ardoroso y lleno de juventud, del peligro desconocido, amparándome en el ayuno y la oración? ¿No puse un robusto muro entre el mundo y yo, para conservar la castidad de mi corazón y la pureza de mis miradas? ¿Acaso he sido yo quien lo ha derrum-

bado sobre mi cabeza? Y cuando para guarecerme de la rugiente tempestad, fui á sepultarme en el hueco de una roca, ¿iba á buscar allí á ella ó á vos, Señor? ¿Fui yo quien, encargándome de esa criatura desconocida, la llevé, la encerré conmigo en la nube, y á causa de mi ignorancia y de su disfraz, me creé el peligro de experimentar un doble sentimiento? ¿Fui yo quien, alimentando la llama de nuestros dos corazones, hice que viviésemos dos años con una sola alma, para que al separarnos bruscamente y sin compasión, se llevase cada cual la mitad del alma del otro?

.....
 Si es Dios quien lo ha hecho, ¿por qué he de expiarlo yo? ¿Ha de pagar á sus ojos el inocente las culpas del impío? ¿O más bien se propone en sus sagrados designios que los que él ha escogido por santos en la tierra, sean los primeros que le sirvan de víctimas en el altar, ántes de quemar al hombre en sus sublimes aras?

.....
 ¡Oh Dios celoso! Yo me sometería sin murmurar á tu ley, si tu cuchilla no segara otro cuello más que el mio. ¡He querido, he intentado abrazar tu ministerio; sabré soportarlo y callarme, aún á costa de mi sangre! Pero que ella, que ese sér apenas descendido á la tierra, pobre ángel caído en el lazo tendido al hombre solamente, tierna criatura confiada á

mi seno por tí mismo, sacrificada, oh Dios, por mi mismo amor, proscrita de estos brazos abiertos para sostenerla, venga á tropezar con mis piés en su caída, á arrastrar en las languideces de una viudez eterna la imágen indeleble del rostro que adoró, ó á sufrir, jóven y muerta, en los brazos de otro esposo, los precoces disgustos de un corazon calcinado.... á acusarme para siempre del frio que la consume y á blasfemar de su Dios á causa del nombre que adora: ¡ah! eso es superior á cuanto puede tolerar un mortal; lo que seria forzoso redimir aún á costa de perder el cielo, lo que yo redimiria con mi vida eterna, con mi inmortalidad, que maldigo sin ella!...

.....
 ¡Oh Laurencia! ¡Piedad! ¡Vuelve, perdóname! Yo te sacrificué á Dios: ¡mi solo Dios eras tú! De tí únicamente sacaba esa fuerza suprema que me elevaba desde el suelo por encima de tí misma y que, para protegerte mejor, hacia que todo sacrificio me pareciese llevadero y toda carga leve. ¡Yo me creía un Dios!... Pero no, no era más que un hombre. ¡Ah! ¡Maldigo mi triunfo ántes de conseguirlo! ¡Me arrepiento cien veces de mi falsa virtud! ¡Ah! Si todavía es tiempo, ¿me escuchas, Laurencia? Yo me postro á tus piés, y te abro para siempre estos brazos para que vuelvas á arrojarte enajenada sobre mi seno: sí, estos brazos, que al estrecharte, oh hija, oh hermana mia, se cerrarán de nuevo sellándote sobre mi

corazon. ¡Oh! ¡me oyes! Ven, ven, viva ó muerta; ven para que te conduzca á nuestro propio cielo! Derribemos la roca; corramos sin escuchar lo que brama allá arriba, lo que maldice aquí abajo; no demos oídos á esas voces que mienten á la naturaleza; el oráculo es, en el corazon de cada criatura, la irresistible voz que convida á la felicidad; es mejor que la virtud, la inocencia y el honor; es el grito del cielo que resuena en la tierra. ¡Amémonos, vida mia! Vamos á ocultar á las miradas humanas, rodeándonos de misterio, nuestros inefables amores, que no tendrán fin sino con nuestra vida. Apuremos las delicias de nuestra doble existencia; cuando la muerte viene á romper la copa en nuestros dientes, ¿quién sabe cuál es el sabio y cuál el insensato, si aquel que la ha bebido tal como Dios la ha escanciado, ó el que rechazándola por tener apagada su sed, sacrificó su vida al sueño de la muerte? Si esta duda existiera, desearia padecerla! La vida contigo, y despues morir para siempre! ¡La vida contigo, y luego el infierno y sus llamas! ¡La vida contigo, y la muerte para nuestras almas! ¡Porque esta horrible vida es un infierno sin tí; la nada eterna comienza en ella para mí! Sí, estoy resuelto, huyo, te arranco de este mundo y te llevo al cielo....

(Resuena la campana de la capilla, que da el toque de oraciones, y llama á los jóvenes sacerdotes al coro.)

¡Ah! Bronce sagrado que vibras; grito del cielo que me llama á las gradas de mi cruz. ¡Mi corazón extraviado vuelve á su puesto al oírte!

.....

¡Cual angélicas alas agitadas en mi cielo, ahuyentas las vergonzosas ideas de mi mente! Rechazas el crimen junto con la desesperación á lo más recóndito de este seno que renace á los acentos del deber. No parece sino que lloras con mis propios sollozos. ¡Oh! ¡simpático instrumento de estas santas moradas! ¡de qué peso tan oneroso has aliviado á mi grávido corazón! ¡Cuántas almas apenadas han meditado al escuchar tus vibraciones! ¡Cuántos buenos impulsos, cuántos fervorosos ardores han confiado los ángeles á tus sonidos! ¡Cuántos pesados suspiros se han remontado á Dios sobre tus alas desde la sombra del santo lugar! ¡Y por cuántas y cuán sublimes agonías has doblado, una vez terminadas las angustias por el camino de la virtud! ¡Tú anuncias á los mortales el alba y el crepúsculo de cada día; tú sabes cuán cortos son los momentos más largos, y cuán poco puede compararse con la hora eterna lo que la vida se lleva sobre sus alas! ¡Oh, alma mía! ¡Absorbe todavía un poco de hiel, y tus horas sonarán en el cielo!

¡Marchemos mientras tanto, marchemos con la ca-

beza inclinada, cual hombre abrumado por el peso de sus ideas! Vamos á confiárselas al Dios consolador. ¡Ah! Cuando todavía podemos orar el uno por el otro en el vasto seno de Dios cuyo amor nos reúne, ¡al encontrarnos en él, no vivimos juntos?

.....

.....

En mi celda, Grenoble, 14 de Mayo de 1797.

Para templar mi alma en el fuego del sagrado atrio, há dos años que vivo con estos hombres de Dios; pero su aspecto de paz y de beatitud no puede sosegar la intranquilidad de mi espíritu.

¡Cuán leve parece para ellos la carga de los días! ¡Cómo se echa de ver que su vírgen corazón se seca, mientras cumplen todos sus deberes con gozoso semblante! Siempre aparece en sus labios la sonrisa del justo: nada hay que arranque un suspiro de su seno. ¡Ah, corazón mio! ¡Si pudieras también someterte como ellos! ¡Si la aparición del pasado que se levanta de continuo pudiera borrarse de mi vista hasta en sueños! ¡Si la sombra de estos muros pudiera ocultármela! ¡Pero siempre parece seguir la huella de mi paso; siempre la estoy viendo descender, subir, irradiar de cada artesonado, de cada columna, y si para

librarme del fantasma adorado, quiero cerrar los ojos, al punto penetra en mi alma!....

¡Oh montañosas cumbres, aire puro, oleadas de luz! ¡Vientos sonoros de los bosques, malezas ondulantes! ¡Tranquilas superficies de los lagos, cascadas polvorosas de los torrentes, en que el éxtasis extrañaba mis ojos y mis sentidos errantes, en que abrazaba llorando con brazos convulsivos, en vez de esos fríos mármoles, las raíces de árboles corpulentos; y pegándome al suelo como para escuchar, parecíame sentir á Dios palpitando en mi corazón! Desierto en que resuenan los ruidos de la naturaleza, ¡cómo llora mi alma, comprimida en este recinto oscuro, su magnífico y primer horizonte, y rompe con sus ardientes suspiros las paredes de su cárcel!

¡Páreceme, oh Dios mio, que este techo que me abruma hace más pesada la vida y comprime el éxtasis, que respiraría con más libertad en otra parte, que el viento secaría la acritud de mis lágrimas, y que el aire me ayudaría, como ayuda á las águilas, á elevarme hasta Dios, mucho mejor que estas frías y severas reglas!

Y sin embargo, esos hombres son dichosos con estas leyes, y siguen su camino sin rodeos. ¡Ah! lo comprendo; no han respirado el aire abrasador de las tempestades; la sombra de estos pórticos ha cobijado siempre sus cabezas; su memoria está llena de Dios

solo, de su ley; no han tenido que alimentar una hoguera en su seno, ni que matar su pensamiento, ni engañar, ni sonreír, ocultando en su mano el áspid que la desgarrar; en su vida no hay una sombra ni en su corazón una arruga; pero ¿y yo, Señor, y yo?..... Dios mio, ¡el olvido! ¡el olvido!

.....

En la misma casa, 24 de Julio de 1797.

¡Ah! Con razón suponía yo que una falsa apariencia mancillaría nuestra inocencia hasta la tumba; que nadie creería jamás que dos corazones que han vivido en el desierto en una misma morada, alimentando dos años el amor, se hubieran conservado puros, solos, sin más guarda que la mirada de Dios que los contemplaba; veo esta sospecha impresa en todas las frentes; la caridad de mis compañeros les induce á no sonrojarme; mas, á pesar de la dulzura con que procuran hablarme, conócese que mi presencia es sospechosa á su virtud, que me temen, que me rehuyen, y que soy para ellos objeto de disgusto, como un pobre leproso. Donde quiera que me presento, al punto se hace la soledad en torno mio; me veo solo al pié de los altares, en las comidas, en el estudio, y todavía más en las horas dedicadas por la tarde al esparcimiento; tan luego como resuenan mis pasos

en el extremo de un corredor, cesan todas las conversaciones y las frentes se anublan; todos se hacen á un lado, se apartan, ceden el puesto á mi sombra; cada cual desvía al verme su mirada glacial, y no vuelve la animacion hasta que he pasado. Y yo, bajando la cabeza, y sin encontrar un corazon que me ame, paso esquivándome, avergonzado de mí mismo.

¡Y sin embargo, cuánto bien me haria una mirada amiga! ¡Tal vez mi corazon haya velado tambien la mia! ¡Tal vez la llama amortiguada en mi seno ha devorado toda la simpatía que pudiera inspirar; quizás mi marmórea mirada, incapaz de amar, extinga todo sentimiento que pretendiera encenderse en ella!

.

.....

Grenoble, Agosto de 1797.

Al fin el obispo me ha dicho; «Abrevio el tiempo de vuestra prueba, hijo mio; mi pobre Iglesia está escasa de servidores; la vejez, el cadalso ó la infidelidad han limitado por desgracia el número de los pastores de mi pueblo, insuficiente ya para sus miserias; la yerba solamente crece en el atrio de todas mis iglesias; todos los dias acude á mí alguna aban-

donada parroquia, donde la infancia carece de padre y el difunto de honras fúnebres, para pedirme un sacerdote; podria daros á escoger entre mil; pero no ignorais, hijo mio, que el mundo tienen fijas, con razon, en nosotros sus celosas miradas, que para tocar á Dios exige manos tan castas como las de los ángeles, y que han circulado extraños rumores acerca de vuestra vida pasada. No quiero saber nada; si un dia fuisteis débil, vuestra fidelidad lo ha redimido todo; el arrepentimiento, semejante al fuego de Isaías, al consumir el corazon renueva la vida. Pero la sombra del pasado jamás debe empañar al ministro del cielo; en el sacerdote de Dios no debe haber ninguna memoria mortal que recuerde al hombre; es preciso que se le dé tan sólo el nombre de pastor; que el que llevó en la tierra desaparezca confundido en el otro; que parezca haber descendido del cielo al altar, y que el aislamiento, el misterio y la gracia hayan borrado las huellas de sus pasos por la vida.

»En la última zona habitada de los Alpes hay una aldea, solamente accesible en verano, porque la nieve amontonada por espacio de ocho meses cierra todos los senderos á los habitantes del valle. Allí, en algunas cabañas diseminadas por las vertientes, viven unas cuantas agrupaciones de pobres montañeses que, en los reducidos campos que disputan al águila, siembran entre castaños cebada y centeno, cuya cosecha apenas les permite recoger el pálido sol de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1906 MEXTERREY, MEXICO

principios de otoño. El Dios del indigente os entrega ese reino; su altar es de madera y su techo de paja; pero Él acogé más benigno las oraciones del pueblo y del sacerdote unidos que las que se le dirigen desde un altar resplandeciente de riquezas; recuerda todavía que su humilde luz alumbró las chozas de los pastores antes que los soberbios templos; y os tendrá sin duda en cuenta allá arriba las almas de esos campesinos que cuideis, todas las cuales tienen el mismo valor para Él. Id pues, hijo mio.»

.....

17 de Setiembre de 1797.

Iré, haré que mi alma se apegue á la soledad, desollaré mis piés en los senderos más ásperos. ¡Benedicidme, Señor; que mi corazón, consumido de amor y castigado por haber amado en demasía, se apague y vuelva á encenderse en la hoguera del altar; mas para amar en vos, con vos y por vos, á todos en lugar de un solo sér, y á este sér en todos!

.....

CARTA Á SU HERMANA.

Siete meses despues.
Valneige, Mayo de 1798.

¡Hermana mial ¡Oh, qué grata época me trae á la memoria este nombre! ¡Tierna pareja nutrida en el

mismo seno, á la que nuestra jóven madre, inclinándose sobre nosotros, sentaba y arrullaba en sus rodillas! ¡Hermana! ¡Oh, permite que borre para escribirlo de nuevo este nombre que mis miradas jamás se sacian de leer, y que estaria trazando mi pluma desde la mañana á la noche, si dejase que mi corazón corriese por mi mano! ¡Nombre que por espacio de tanto tiempo no ha resonado en mi oído, cuántas apagadas cenizas remueve en mi alma! Toda esta mitad fría y muerta del corazón, vuelve á encontrar ante ese dulce nombre su mundo interior, mundo de sentimiento, de amor y de inocencia, en que Dios mece nuestra infancia como en una cuna; cuyo recuerdo punzante nos persigue, y en que más adelante los ojos se llenan de lágrimas al dirigirle una mirada.

¡Mi madre! ¿Pero es cierto? ¡Dios nos devuelve nuestra madre! ¡Los vientos han mantenido sujetas las amargas ondas para que se deslizase seguro por ellas el buque que la traía! Y tú, y tu marido, y todos regresados felizmente, y además tres tiernas criaturas venidas á este mundo durante vuestro destierro, como esos pajarillos que, siendo niños, encontramos un día al pié de un árbol despues de la tormenta, que recogimos de la rama desgajada en que estaban y que te llevaste metidos en tu delantal.

Pero tú me has hablado muy poco de ellos y de ella ¡oh! de ella sobre todo. Mi memoria fiel la divisa perfectamente al través del lejano recuerdo; tal como